LA LEALTAD

Time Dominum et Regem et cum detractoribus ne commiscaris.

(PROVERBIOS, XXIV, v. 21.)

DIARIO RELIGIOSO-MONÁRQUICO.

Teme al Señor y al Rey y no te mezcles con los detractores.

(PROVERBIOS, XXIV, v. 21.)

Año I.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid, 7 rs. al mes; en Provincias 25 rs. por trimestre, y 28 por ios comisionados.

Viernes 9 de Febrero de 1866.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En todas las principales librerías del reino. Relación y Administración, calle del Arco de Santa María, 5, Madrid.

Núm. 8.

ADVERTENCIA.

Algunos de nuestros apreciables suscritores nos han pedido esplicaciones acerca de los medios de que se han de valer para dirigir á la Administración de LA LEALTAD el precio de la suscripción. En aquellos pueblos donde haya libranzas sobre el giro mútuo, deben desde luego aprovecharlas por la seguridad que ofrece este medio; y en aquellos otros donde no las haya, pueden remitir su importe en sellos de correo, cuidando, empero, de certificar la carta, á fin de que no sufra extravío.

MADRID.

LOS DOCUMENTOS DIPLOMATICOS.

ARTÍCULO CUARTO.

El quinto documento relativo á la cuestion de Italia, publicado por el gobierno, es un despacho del Sr. Llorente, ministro de Estado, á nuestro representante en Viena. Lleva la fecha del 13 de Octubre de 1864, y consta de quince párrafos. Los examinaremos uno por uno, haciendo resaltar las cosas mas notables que en ellos se encuentran.

En el párrafo primero solo hallamos de notable, la circunstancia de que el gobierno español declarase con fecha 31 de Octubre, que hasta dicha fecha nada habia querido manifestar á su representante en Viena acerca del tratado del 15 de Setiembre, y la conducta que con este motivo debia seguir cerca del gobierno austriaco.

Perdónenos los individuos del último gabinete Narvaez; este silencio no puede ser nunca laudable.

En el párrafo segundo se indica que la política del ministerio español es espectral.

Aquí no hacemos comentarios: nos limitamos únicamente á manifestar profundo sentimiento, y reprobar con todas nuestras fuerzas esta manera de hablar. España no debió tener nunca política espectral en lo relativo á la cuestion italiana. Solo acompañada, siempre debió presentarse en la brecha, declarando ante el mundo que la cuestion de Roma era, y no podia menos de ser, una cuestion española. Y si esto debia declararse públicamente ante la faz del mundo, con muchísima mas razon debió haberse declarado á nuestro representante en Viena, para que así lo revelase al gobierno austriaco, tanto ó mas interesado que nosotros en la cuestion católica. En todo lo relativo al Papa, y aun en la cuestion general de Italia, España debe proceder siempre de acuerdo con Austria.

En el párrafo tercero no hay nada que merezca llamar especialmente nuestra atencion.

En el párrafo cuarto se dice, que para una nacion exclusivamente católica, como es España, la absoluta independencia del Padre Santo, y por consiguiente, su seguridad, es materia del mas alto y vital interés, y de esta independencia, es garantía precisa, y al parecer del gobierno, indispensable, la conservacion del poder temporal.

Está bien; pero si se reconoce esto, ¿por qué se habla de política espectral? Si se reconoce esto y se confiesa en secreto, ¿por qué no se dice en público, sin embajes de ningún género? Cuando se cree una cosa y no se manifiesta por miedo, los que la ocultan, lejos de adquirir fuerza, pierden todo su valor y todo su prestigio. Nada hay que arrastre en pos de sí tanta debilidad como el silencio ó la prudencia, que son aconsejadas por las contemplaciones, hijas del miedo.

No queremos ahondar mas en este punto: comprendemos que se ceda ante la razon y la justicia; pero no podemos ni aun imaginar, que haya quien, llevando sangre española en sus venas, prescinda de lo que cree racional y justo, solo por no arrostrar las iras de un poderoso.

En el párrafo quinto se recuerda que el gobierno español ha encargado á su representante en París que fortalezca á Mr. Drouyn de Lhuys, ministro de Napoleon III, en las buenas disposiciones que habia demostrado en favor del poder temporal del Papa.

Mucho, muchísimo, pudiera hacer el go-

bierno español para fortalecer al ministro de Napoleon III en sus buenas disposiciones en favor de la Santa Sede; pero creánnos los ministros españoles pasados, presentes y futuros: los ministros de Napoleon III no serán nunca fortalecidos en sus buenos propósitos por nuestros representantes en París, mientras no adopten su política, mientras no aconsejen segun la razon y la justicia, mientras al aconsejar vayan revelando en su timidez que no hay resolucion en el fondo de su pecho. Para que un diplomático se haga oír, es indispensable que lleve en su bolsillo la paz ó la guerra; es decir, que no tenga vacilacion de ningún género, que siempre esté dispuesto á presentar un dilema en cuyos dos extremos se hallen, ó la aceptacion de su política, ó la no aceptacion de una política contraria. En todo litigio, cuando una parte vé que su contrario está dispuesto á ceder, se obstina, naturalmente, y no hace concesiones de ningún género. Esto es hasta vulgar: no podemos comprender siquiera cómo hay quien afecte ignorarlo.

En el párrafo sexto dice el gobierno español lo que copiamos al pié de la letra: «iguales esplicaciones he tenido ocasion de dar al Nuncio de Su Santidad, cuando tuvo por conveniente inquirir la opinion del gobierno acerca del citado convenio: ninguna propuesta ha hecho hasta ahora, por lo demás, la corte romana; ningún auxilio ni promesa formal de apoyo ha pedido; se ha limitado su representante al deseo de averiguar cuáles podrán ser las disposiciones del gobierno, y yo me he apresurado á responder que en cuanto al apoyo moral, era cuestion de deber y convencimiento, acerca del cual no habia vacilacion ninguna; pero que saliendo de esa esfera, todo proyecto de apoyo material, de cualquier género que sea, recomienda y exige en casos determinados, y despues de propuestas concretas, la consideracion mas detenida de los tiempos y circunstancias, como que nuestra accion ha de estar subordinada á los limites de lo posible y de lo prudente.»

En este párrafo hallamos que el gobierno español se mostraba resuelto á dar apoyo moral al Soberano Pontífice, y que en este punto, en cuanto á la concesion de apoyo moral, declara que no cabe vacilacion ninguna. Al propio tiempo, hallamos en este mismo párrafo, que el gobierno español, tan dispuesto á conceder su apoyo moral sin vacilacion ninguna, vacila, y mucho, medita, y mucho, suscita dificultades, y grandes, cuando se trata de apoyo material. Esto, que parece muy sencillo y muy prudente, es, sin embargo, muy grave y muy pernicioso. Esto equivale á decir: «Estoy convencido de que la causa del Soberano Pontífice es justa, es útil y aun necesaria; estoy convencido de que por deber, y sin vacilacion ninguna, debo prestarle todo mi apoyo moral; sin embargo, á pesar de este convencimiento, no me declaro con las fuerzas necesarias para prestar, sin vacilacion ninguna, apoyo material á lo que, sin vacilacion alguna, debo apoyar moralmente.» Esto nos duele; esto no lo concebimos: lo que se cree justo, se defiende siempre, sucede lo que sucede: lo que es moralmente obligatorio, se sostiene en todas las circunstancias imaginables. Un hombre privado puede ser débil; un ministro tiene la obligacion estrechísima de no conocer nunca el miedo.

No queremos culpar al ministro á quien en este momento aludimos. Sabemos que si su política no fué buena, la de los ministros que le han sucedido no ha sido por desgracia mejor; aquellos ministros hicieron algo; los que les han sucedido, por desgracia, no han hecho nada: nos equivocamos, han hecho mucho menos que nada, porque si no han hecho nada en favor del bien, no tenemos valor para enumerar siquiera lo muchísimo que han hecho en otro sentido.

En el párrafo sétimo se muestran dudas acerca de la realizacion del convenio del 15 de Setiembre.

En el párrafo octavo sucede lo propio. Hacemos notar esta circunstancia, para que nuestros lectores se vayan convenciendo de que el gobierno español no ha creído nunca en la realizacion del tratado del 15 de Setiembre; por el contrario, siempre lo ha mirado como un expediente pasajero, como un expediente de circunstancias, inventado para resolver un conflicto y dejar en pié el problema, sin intentar siquiera resolverlo. Como los defensores del reconocimiento del llamado reino de Italia se apoyan en la solidez del convenio del 15 de Setiembre, bueno es, muy bueno, que vayamos comprendiendo bien lo que es y lo que puede ser dicho convenio.

En el párrafo noveno, despues de haber espuesto varias contra las muchas razones que existen para demostrar la debilidad é insuficiencia del tratado del 15 de Setiembre, se

añade: «Seria tan imposible como inútil el enumerar todas las eventualidades que se pueden prever, aun sin otras muchas que no están sujetas á cálculo.»

Esto demuestra que el gobierno español no creia ni podia creer en tal tratado.

Sin embargo, en el párrafo diez se declara, que en estas circunstancias y en vista de tan poderosas consideraciones, el gobierno, hechas ya las protestas que los deberes de un alto orden moral requieren, considera oportuno atenerse á un sistema de reserva que sea conciliable con la mas completa libertad de accion y con el interés de conservar nuestras buenas relaciones con todas las demás potencias. «Será preciso, añade, dejar que hablen los sucesos y nos inspiren la resolucion conveniente.»

Inútil es advertir que este párrafo nos parece frío y nada aceptable.

En el párrafo once se dice al pié de la letra: «Importará conocer cuáles son las disposiciones de los demás Estados católicos y la manera como el gobierno francés y el italiano entienden y practican el convenio.»

En este párrafo hay tres cosas que necesitan ser brevemente examinadas. Primera, el empeño en conocer las disposiciones de los demás Estados católicos. Esto es inútil y peligroso: el mejor medio de conocer las disposiciones de los Estados católicos, es comenzar declarándose católicos. Para que el Austria, Baviera y Portugal, y aun la misma Francia, se declarasen en favor del Papa, nada podia contribuir tanto como el que España empezase diciendo: «Soy nacion católica, y estoy resuelta á obrar como tal nacion católica.» Este era el medio único de conocer las disposiciones de los demás Estados católicos.

Lo segundo que se encuentra en este párrafo, es el empeño algo mas que vano en averiguar cómo pensaba el gobierno francés ejecutar el tratado del 15 de Setiembre. Decimos que este empeño es vano, porque en las Tullerías ni se ha esplicado, ni se puede esplicar, ni se explicará nunca, cómo se piensa ejecutar ese tratado, por la sencilla razon de que se ignora por completo cómo se ha de ejecutar. La política de las Tullerías es política de engrandecimiento; es la política propia de los imperios poderosos, y sabido es que los imperios poderosos tienen una política muy parecida á los grandes témpanos de nieve que se desprenden de las cimas de los montes, y van rodando á lo mas hondo de los valles: á medida que ruedan van aumentando de volumen: inútil es empeñarse en ver otra cosa en el imperio francés, ni en ningún otro imperio de su índole.

Lo tercero y último que encontramos en el párrafo once, que mereció nuestra reprobacion, es el empeño en averiguar cómo cumpliria el tratado franco-italiano el gobierno piemontés. El gobierno piemontés no puede ofrecer duda de ningún género acerca de este punto: aunque quiera, no podrá cumplir lo que ofrece, si lo que ofrece no es revolucionario; por lo tanto, la pregunta podia muy bien haberse escusado, en la firmísima seguridad de que la respuesta no podia nunca ser favorable á las ideas de orden. El gobierno piemontés se suicida, desaparece por completo el dia en que abandone el camino de la anarquía.

El párrafo doce dice testualmente lo que sigue: «Las circunstancias imponen al gobierno, ahora mas que nunca, el deber de desprenderse de todo género de prevencion, y sobreponerse á las pasiones de los partidos, para atender únicamente á los intereses del Estado, entre los cuales, ciertamente, uno de los mas elevados para nosotros, consiste en defender y resguardar la independencia absoluta del Pontificado.»

En este párrafo parece como que se quiere indicar que, aunque un ministerio sea y se llame muy liberal, tratándose de la cuestion de Italia, necesita desprenderse de todo género de prevencion, y sobreponerse á las pasiones de los partidos, para atender únicamente á lo que es principal, es decir, á defender y resguardar la independencia absoluta del Pontificado. Compréndase bien lo que se oculta tras este párrafo: no lo explicaremos, sin embargo; solo indicaremos que hace mucho honor á los ministros que se obstinaron en añadirlo al borrador primitivo.

Acercas del párrafo trece nada tenemos que decir.

El párrafo catorce dice testualmente lo que á continuación copiamos.

«Cíñase V. E. cuando los casos lo requieran á afirmar que el gobierno español considera como uno de los mas elevados intereses de las naciones católicas, la preservacion incólume de la independencia del Pontificado, y que con este interés á la vista obrarán segun los casos y los intereses del Estado lo requieran, teniendo mucho en cuenta los actos y

disposiciones de las demás potencias católicas. En este párrafo hay mucho bueno y algo malo. Hay mucho bueno, porque se manifiestan deseos, y hasta deseos vehementes, de defender la causa católica, no solo con palabras, sino hasta con hechos, hasta obrando segun los casos y el interés del Estado lo requieran. Pero al propio tiempo se vislumbran atenuaciones que, francamente, nos desagradan. Quisiéramos poder borrarlas, aunque fuese con nuestra propia sangre.

En el párrafo quince y último leemos lo siguiente. «No creo necesario añadir á V. E. cuánto interesa al gobierno que continúe V. E. teniéndole muy al corriente, como hasta aquí, de cuantos datos y noticias puedan ilustrarnos acerca de la actitud y propósitos del gobierno austriaco en lo que se refiere á la cuestion romana.»

Acercas de este párrafo, solo necesitamos añadir que se habla de documentos enviados por nuestro representante en Viena, acerca de la actitud de aquella corte, y que estos documentos no se han publicado. Bueno seria que los conociésemos, porque en España interesa muchísimo el saber cómo piensa el gobierno austriaco acerca de la cuestion romana. Seria muy útil el que los españoles se convenciesen de que si los católicos de España están resueltos á defender al Papa, y los católicos de Austria piensan y sienten de igual manera. Siempre consueta el saber que no se anda solo.

El sexto documento lleva tambien la fecha del 31 de Octubre de 1864, y fué dirigido por nuestro ministro de Estado á nuestro representante en Viena. Consta de seis párrafos. Háblase en él de una larga entrevista que tuvo el Sr. Llorente, nuestro ministro de Estado, con el conde Crivelli, embajador de Austria cerca de la corte de España.

En el párrafo primero espone el Sr. Llorente, en resumen, el resultado de su conferencia.

En el segundo y en el tercero declara que hubo conformidad entre los puntos de vista de ambos gobiernos, austriaco y español, en cuanto á la precaucion y reserva con que se ha de proceder en este asunto; pero añade nuestro ministro, que en esta cuestion nuestros intereses son mucho mas indirectos, y menos decididos nuestros propósitos, que los del gobierno de Viena.

¿Qué hemos de añadir á esto? ¿Por qué razon han de ser mucho mas indirectos nuestros intereses y mucho menos decididos nuestros propósitos que los del gobierno de Viena en lo relativo á la cuestion de Italia? ¿Por qué ha de abandonar la nacion de Felipe II y Carlos V el estandarte de la política católica?

En el párrafo cuarto, despues de hablar del *statu quo*, al menos hasta el dia, se indica que todo nuestro interés se concentra naturalmente en la cuestion del Pontificado y del poder temporal.

Aquí se comienza ya á ceder, aquí se vislumbra ya el deseo de abandonar á los reyes de Nápoles, y reducir la cuestion de Italia á los estrechos limites del patrimonio de S. Pedro. Bien sabemos que esta no era la política de la mayoría de los ministros á quienes aludimos; pero, por desgracia, tal era la política del Sr. Llorente, y no podemos menos de censurarle, y de censurarle con energia, por su funesta política.

Sin embargo, en el párrafo quinto se declara que el gobierno español no ha vacilado en proclamar desde el primer momento, como uno de los mas elevados deberes de las potencias católicas, el procurar la preservacion de la independencia espiritual, y como precisa garantía de ella, la preservacion del poder temporal del Padre Santo.

El párrafo sexto no necesita comentarios. Lo copiaremos íntegro: «Fuera de esta cuestion, dice, en la cual no hay razon alguna que nos pueda embarazar el ser explícitos y terminantes, en todo lo demás convendria seguir encerrándonos, como creo ha hecho V. E. hasta aquí, en la mas circunspecta expectativa, como medio de guardar nuestra absoluta libertad de accion.»

¡Oh, neutralidad funesta!

DIONISIO LOPEZ.

SENADO.

Ayer recibió la union liberal un nuevo y rudísimo ataque en el debate pendiente sobre la totalidad del proyecto de contestacion al mensaje, siendo campeon en esta jornada parlamentaria el ilustre marqués de Vahamonde. Este senador pronunció ayer un brillantísimo discurso, que no pudo concluir por haberse terminado las horas de reglamento, causa que nos mueve á no reproducirle hoy

en las columnas de LA LEALTAD, á fin de que nuestros lectores le conozcan íntegro.

Correcta en las formas, despojada de ambigüedades y de insulsa palabrería, nutrida de doctrina y de principios de gobierno, severa, mesurada discretísima, y por demás racional y decorosa, la peroración del ser marqués de Vahamonde ha sido la acusación mas formidable que se ha hecho en conjunto de los actos de la union liberal, cuyos estravios presentó el orador al juicio público, apoyándolos con pruebas y argumentos de una exactitud matemática.

El señor marqués de Vahamonde fué ayer el intérprete fiel de la historia. Nosotros, que, como en otras ocasiones hemos afirmado, asistimos siempre con desconfianza á los certámenes estériles del Parlamento, temiendo servir de *anima vili* de los dislates y nimiedades que con frecuencia constituyen el núcleo de las discusiones, experimentamos ayer una agradable sensación al escuchar al Sr. Vahamonde, quien, sin separarse de las conveniencias y miramientos que deben guardar los oradores, sin incurrir en el defecto de la desatención, sin apelar á la brusquedad, y sin elevar el diapason de la voz hasta el estilo declamatorio, abordó de frente y con entereza las mas graves y complicadas cuestiones de la ciencia del gobierno, asentando principios y conclusiones de una verdad y utilidad incontrastables, examinando los cargos á la luz de la razon y con la fuerza inexorable de la lógica, y, en una palabra, avanzando en línea recta, de inducción en inducción, hasta concretar en términos breves y precisos el capítulo de culpas del impenitente vicarvarismo.

Lo confesamos ingenuamente: somos amantes de la franqueza y de la lealtad en la discusión; nos repugna la decantada habilidad de esos oradores que se distinguen á los ojos de los mentecatos por ciertas sutilezas y rodeos, en virtud de las cuales pueden hallar una solución artificial para todas las cosas. Somos partidarios de la franca verdad, y la preferimos á todas las ficciones, por muy bellas que sean. Creemos que todos los hombres, y mas principalmente los que se consagran á la vida política, tienen el deber de poseer un criterio fijo, y de pensar y obrar con arreglo á sus inspiraciones, marchando con desembarazo por la senda que ellas le trazan. Puede perdonarse el error cuando se profesa con buena fé, porque entonces es susceptible de ser destruido; no puede perdonarse cuando aparece elaborado por las malas pasiones, porque entonces no es posible corregirle. Así, tanto en política como en todo, lo que nosotros aplaudiremos siempre es la franqueza, la veracidad y la buena fé, condenando todo lo que sea habilidad, simulacion é hipocresía.

Empezó el señor marqués de Vahamonde su brillante peroración hablando del orden moral, base del orden material, y aseguró que la union liberal no habia sabido mantenerle. Esta afirmación la hizo descansar el orador en los hechos siguientes: primero, que la union liberal ha dado fuerza á la democracia con su pueril tolerancia, como lo prueba el *esequatur* que concedió al programa del período *La Discusion*, tomado al pie de la letra del que sirvió de base á la montaña francesa en 1848. Segundo, que la union liberal se habia cruzado de brazos cuando la revolucion conspiraba á su vista, no empleando el vigor de las leyes contra las reuniones del teatro del Circo y del circo de Price, en que comenzaron á levantar sus cabezas desgredadas la subversion y el desorden. De estos hechos y de otros de índole análoga, aunque no tan culminantes, tomó su punto de partida el orador para formular su acusación, ilustrándola con reflexiones oportunísimas que seria difuso comentar. Veremos cómo se justifica el gobierno.

Trazando el orador á grandes rasgos una ligera reseña de la sucesion de los partidos liberales en el poder desde 1833, manifestó y probó que la union liberal no tenia símbolo, puesto que no puede considerarse como tal su elástica y amovible constitucion, donde pueden figurar todos los principios, aun los mas radicales, sufriendo adulteraciones mas ó menos leves. Esto lo probó el Sr. Vahamonde con hechos históricos, bosquejando la pintura de los principios que ha profesado la union liberal en sus tres períodos de dominacion, y manifestando que los ha tomado de todas las escuelas políticas, según lo ha tenido por conveniente, acomodándose á las exigencias del momento, y siempre atenta al propósito de conservar el mando. Al Sr. Posada Herrera le corresponde de derecho exhumar la verdad de estas afirmaciones, y con este motivo tendremos ocasión de oír de sus labios por centésima vez la clasificación de ese producto híbrido, á quien S. S. profesa un acendrado cariño de padre.

Probando el orador que no se habia mantenido el orden moral, y en consecuencia que no ha podido consolidarse el material, declaró que todo esto puede conseguirse únicamente adoptando el sistema preventivo en lugar del represivo, tanto en materia de imprenta, como en lo que atañe á las leyes de asociacion y reuniones, fructos poderosos, sin los cuales no es posible garantizar la tranquilidad y el sosiego públicos.

El Sr. Vahamonde asentó como base capital de su gran acusación, que la union liberal, por su tolerancia con la demagogia, por no haber mantenido el orden moral, y por haber desnaturalizado en la práctica los principios conservadores, ha creado por tres veces grandes conflictos entre la Iglesia y el Estado: una con motivo de la votación de la base segunda en las Constituyentes, otra con motivo de la

cuestion de enseñanza, y la última con ocasion del reconocimiento del llamado reino de Italia. En efecto, todos estos conflictos han reconocido por causas las que señaló el orador con tanta oportunidad.

Entrando en seguida de lleno en la cuestion de Italia, se presentó de frente el señor Vahamonde contra el ministerio, declarando que habia firmado la enmienda radical del dignísimo senador Sr. Huet, que hubiera deseado discutir tal y como era en sí, pero que fué necesario retirarla por prometer mayores probabilidades de éxito en la votación la de los Sres. Seijas y Arrazola.

Una vez colocado en este punto, el orador dominó con su inteligencia poderosa la inmensidad de la cuestion que se proponia examinar, manifestando que la obra de la unificación de Italia, contraria de todo punto á los intereses espirituales y temporales de la Sede pontificia, ha sido elaborada por el protestantismo, no el protestantismo alemán vencido en el campo de la ciencia, sino el protestantismo anglo-sajon, que celebra transacciones con todo el mundo, y que todo lo sojuzga con las leyes de su código mercantil. Notables, profundas, luminosas, fueron las investigaciones que hizo el orador en el terreno histórico, examinando con la antorcha de la razon las causas de las revoluciones contra el poder temporal de los Pontífices, y probando que todas eran debidas á la iniciativa y á los esfuerzos tenebrosos del protestantismo, enemigo irreconciliable de la Iglesia católica.

Ocupándose del convenio franco-italiano, pobrísimo expediente en que el gobierno español ha creído hallar garantías para la integridad del poder temporal del Papa, espuso con notable lucidez y discernimiento lo que en realidad representa ese acto, manifestando que en Italia no se ha interpretado como en otras partes, y que en Florencia no piensa nadie en que pueda ser como una especie de muralla para defender á Roma de una agresión organizada. Por lo mismo censuró que se hubiera reconocido la unidad italiana sin pedir á Victor Manuel esplicaciones cumplidas de sus intentos.

En la imposibilidad de seguir al Sr. Vahamonde en todos los puntos culminantes de su peroración, por impedirnoslo la falta de espacio y de tiempo, cerramos por hoy esta imperfecta reseña, prometiendo á nuestros lectores insertar mañana íntegro su importante discurso. En él hallarán bellezas de primer orden, galas de estilo, rasgos grandilocuentes, pensamientos profundos y conocimientos históricos nada comunes. Este orador católico se ha labrado ayer en el Senado una corona de gloria, y por lo mismo es acreedor al aplauso y á la estimacion de todos los que somos entusiastas admiradores del talento, cuando le vemos consagrado á la defensa de las buenas causas, movido solo por una intencion recta y por sentimientos elevados de justicia.

P. DE ALVARADO.

SEDICIONES MILITARES.

Tiempo es ya de pensar con detencion en los funestos, al par que poco honrosos hechos, que se conocen con el nombre de sediciones militares.

Nuestro pais, testigo hace mucho tiempo de tristes sucesos, conoce la necesidad de poner coto á estos desmanes.

Hoy mas que nunca, cuando el ministerio presidido por el duque de Tetuan acaba de vencer un levantamiento de esta especie, debe sujetar todos los móviles revolucionarios imprimiendo un sello de incompatibilidad en el ejército, y es seguro que todos los ministerios apoyarán una medida tan necesaria como eficaz.

Antes de entrar en cuestion, es necesario examinar las causas, para poder despues combatirlas. Esto es lo lógico.

Aunque á primera vista parece ser lo mismo la rebelion y la sedicion, existe alguna diferencia.

Son reos del delito de rebelion los que se alzan públicamente y en abierta hostilidad contra la Constitucion del pais ó los poderes públicos que de ella emanan.

Y de sedicion, los que se levantan contra otros objetos.

Toda accion dirigida y secundada por cierto número de personas, que pretenda destituir al Rey, por ejemplo, es una rebelion.

Y si esto mismo tiende á exigir la revocacion de disposiciones dictadas por la autoridad, es sedicion.

La ordenanza militar no muestra estas diferencias, y castiga con pena de muerte toda manifestacion con las armas en la mano, que tenga por objeto trastornar el orden, gobierno, ó cambiar cualquier poder.

Un oficial se levanta contra su gobierno, faltando á su deber; pues no es á la milicia á quien toca resolver las cuestiones gubernamentales, por opinion, por ambicion ó por despecho.

Por opinion. El militar puede tener opinion política, por ser un hombre como los demás; pero debe mantenerla tan oculta, que parezca que no la tiene.

Además, mientras vista el uniforme, debe saber que desde el momento que se alista en la milicia carece de voluntad propia, y que debe la obediencia en todo.

Por encima de su opinion está su deber, y el día que su conciencia, ó mas bien, cuando no crea debe oponerse á sus ideas, tiene un

medio espedito y fácil, que consiste en solicitar su licencia absoluta.

El gobierno no puede naturalmente oponerse á la adquisicion de las creencias políticas; pero debemos advertir que regularmente son los menos los que se pronuncian por esta causa.

Sentiríamos ofender la susceptibilidad de alguno, pero debemos declarar que manifestamos francamente nuestra opinion, alegrándonos mucho de que nuestras teorías fueran erróneas. Hecha esta salvedad, continuamos. El militar debe obediencia á los gobiernos nombrados por la Corona. Al desobedecer, acogiéndose á las armas para sostener su falta, ó al intentar derrumbar estos gobiernos, ataca á la Corona en una de sus facultades, es decir, impone por la fuerza un gobierno contra la voluntad real.

Un oficial puede desobedecer á sus jefes superiores, únicamente en un caso: cuando estos le manden entregar las armas ó banderas sin haber hecho antes la defensa posible.

Puede desobedecer, cuando se le mande entregar un puesto para mejorar su suerte, y en todos los casos en que el honor padezca, siempre que se encuentre con decision suficiente para oponer resistencia. (Memorias de Napoleón.)

Tiene el militar un solo caso de libertad de conciencia: cuando emita su voto en un consejo de guerra.

El militar que dignamente posee una opinion, dignamente tambien cumple con su deber.

Muchas veces, para encubrir las miras ambiciosas, se ocultan bajo el disfraz del color político.

Veamos el segundo caso. Por ambicion: Este es el caso mas general. La ambicion honrosa de que habla la ordenanza, dista mucho de la ambicion de empleos ganados en pronunciamientos.

Aquí tocamos la cuestion de la eleccion y la antigüedad. En ninguna parte, con mas razon que en las armas especiales, podria tener lugar el sistema electivo, y sin embargo, vemos que no se conforman.

En las armas generales, en donde existen oficiales de diversa procedencia, es aplicable, sentando buenos medios.

La eleccion justa é imparcial, magnífica en teoria, pero en la practica inaplicable.

La rigurosa antigüedad tiende á legalizar mas.

Las brillantes acciones, premiense con empleos personales ó cruces pensionadas.

Para el ascenso de las clases de tropa, exijase el conocimiento cabal de las asignaturas militares relativas á las obligaciones de este empleo.

Auméntense las ventajas del retiro como sargentos, para que únicamente asciendan los que deseen continuar la carrera, renunciando por esto á los favores de la jubilacion.

Tambien podria dar resultado el examen por un tribunal competente, del número de sargentos que les correspondiese el ascenso, colocando por las mejores notas en el escalafon, y desechando el que no satisficiera el escrutinio de su saber.

Finalmente, la escala cerrada asegura el ascenso y moraliza considerablemente.

Tercer caso: Por despecho. La ordenanza, al conceder el derecho de elevar queja hasta el Trono, concede, por consecuencia, la discusion de las acciones.

Pero entiéndase que esto se refiere á los asuntos de justicia únicamente, y no á la censura de los actos que no atacan directamente al individuo.

Sin embargo, como el móvil de las acciones humanas suele ser muchas veces el odio á ciertas ó determinadas cosas, hemos colocado tambien este tercer caso.

Los abusos de autoridad enmendran el comportamiento; por eso, sin relajar la disciplina, debe separarse del mando de los cuerpos los jefes que no posean dotes de mando.

La escala cerrada es una valla para los empleos de menor edad; las gracias en tiempo de paz innecesarias, los pases á las armas generales con ascensos, etc., etc.

Indudablemente que es bastante dura la situacion de un oficial pandonoso, que se encuentra al cabo de poco tiempo á un sargento suyo de capitán de su misma compañía, ó de comandante de batallon, merced á los únicos merecimientos de tal ó cual pronunciamiento.

La dignidad se ofende, y el hombre ofendido en su amor propio es capaz de realizar cualquier cosa por absurda que parezca.

Se comprende fácilmente que el hombre pervertido repara mucho menos, y es seducido con mucha facilidad.

José VICALL.

De un artículo que consagra *El Espíritu Público* á la cuestion de nuestras Antillas, tomamos el siguiente párrafo:

«Lo primero que debe ser un gobernante, es hombre justo. De la Habana nos escriben respetables personas, muy quejosas de la postergacion que sufren unos empleados; de la emigracion de otros á quienes no consideran con títulos para suplantar á los que lealmente sirven, y de esa especie de explotacion que se ejerce en aquellas posesiones, considerando sus cargos públicos á la manera de los criaderos de oro de la alta California.

De muy buena fé, no lo negamos, por el Sr. Cánovas del Castillo se está creando en la isla de Cuba una atmósfera de descontento, que á la larga redundará

contra los intereses de la madre patria. Aquello es una cosa especial, aquello es muy diverso á España, aquello es preciso conocerlo objetivamente, porque esa política de idealidad, esa política subjetiva, si se nos permite este adjetivo, puede ser propia de determinado individuo, de determinada persona que juzgue de las cosas, según lo que crea que conviene, no según lo que pidan la historia, la tradicion y el conocimiento de los hechos palpantes en aquellas localidades. Como la materia es importante, y de vida ó muerte para el porvenir de España en sus provincias trasatlánticas, ya tendremos tiempo de razonar sobre ella. Bástanos por hoy llamar la atencion del gobierno y del público, asegurando que el llamado camino de las reformas es el camino que conduce á la perdicion, cuando esas reformas no son filosóficas, no tienen base, están como los jardines de Semíramis, en el aire, y solo sirven á preparar el terreno para lo que se exija despues.»

LOS CUPONES Y AMORTIZABLES.

El Sr. Bravo Murillo ha escrito mucho y muy bueno para demostrar que los cupones y los amortizables son dos calamidades públicas, ó poco menos. El Sr. Barzanallana, siendo ministro de Hacienda, despues de leer el último folleto del Sr. Bravo Murillo, dijo: «Ningun ministro que estime su honra puede reconocer esos cupones ni *arreglar esos amortizables*.» El actual ministro de Estado, Sr. Bermudez de Castro, declaró en pleno Congreso «se cortaria la mano derecha antes de reconocer los cupones.» Todos los ministerios y todos los Parlamentos han mirado siempre hasta con horror tan desdichado negocio. Esto prueba que la cosa es algo mas que mala.

Hechas, pues, estas prevenciones, conviene leer varios puntos ó conclusiones de una Memoria leida por el Sr. Salamanca acerca de este punto:

«Los tenedores de amortizable son franceses, en su mayor parte; los de los certificados de cupones, ingleses; estos últimos, con una tenacidad propia de los hijos de aquel pais, llevan muchos años de deprimir los valores del comercio y del gobierno español, y de presentar todo género de obstáculos á la prosperidad de nuestra patria.

Mientras Inglaterra estuvo sola, no se hacia sentir el mal; pero habiendo logrado despues reunirse y coaligarse con la Bolsa y la banca de Francia, ha cerrado la puerta á la prosperidad de España.

Los franceses, que hace diez años estuvieron prontos á aportar los capitales necesarios para la construccion de todos los caminos de hierro en España, que emplearon en estas obras mas de seis mil millones de reales, hoy nos cierran su mercado por completo é impiden la cotizacion de todo nuevo valor en la Bolsa de Paris, y cada banquero responde fría y sócamente á todo español que le propone un negocio, como respondian los ingleses: «No queremos nada de negocios con España ni con los españoles.»

Los seis mil millones de reales empleados en los caminos de hierro españoles están subdivididos en mas de un millon de tenedores franceses, y como, por desgracia, han tocado tan malos resultados en especulacion que emprendieron, han estraviado la opinion de una manera contraria á nuestro pais, y si hoy no es aun en Francia tan desfavorable para nosotros como entre los ingleses, acabará por serlo tanto ó mas.

En los países extranjeros un español no puede presentarse en la alta sociedad ni en el pueblo sin tener motivo para sonrojarse hablando de crédito.

Ningun derecho tienen los franceses á reclamar sobre sus capitales de caminos de hierro; pero el ejemplo dado por la misma Francia á los primitivos tenedores de ese género de valores, y la conducta de Italia, que se encontraba en la misma situacion que España, nos coloca en una comparacion desfavorable.

En Italia, como en España, se han construido todas las líneas férreas con capitales franceses; y ni en otro punto han dado los resultados que esperaban los especuladores, como producto de interés á capitales impuestos. Italia ha creído de equidad y de conveniencia no abandonar y condenar á la ruina á los extranjeros que, de buena fé, han empleado el fruto de sus economías en las obras públicas.

España, por el contrario, no atiende ninguna reclamacion y se encierra en su estricto derecho. Los resultados que esa severidad puede dar al desenvolvimiento de la riqueza pública en España, que necesita aun por mucho tiempo de esos mismos capitales extranjeros, serán fatales.

En el día estamos tocando el principio de las consecuencias que debemos sufrir.

El dinero es cosmopolita. No tiene nacionalidad. Vá donde encuentra su beneficio, y de España está visiblemente huyendo. Escasea el numerario, y si el mal no se remedia, no tardará mucho el caso de que nos encontremos como las repúblicas americanas, donde la onza de oro ha llegado á valer 200 duros en papel.

La desgracia que amenaza á la industria, á la agricultura, á la propiedad y porvenir de España, es tan fácil de remediar como urgente la necesidad de hacerlo.

Una enérgica iniciativa del gobierno que se presentase al Parlamento, pidiendo autorizacion para entenderse con los tenedores de las amortizables, con los tenedores de la diferida de Holanda y con aquellos acreedores comprendidos en el arreglo de la deuda de 1851, que no aceptaron, y conservan

sus primitivos títulos, cuya validez no es discutible, sería ya un paso excelente para obtener la apertura de los mercados extranjeros y mejora de nuestro crédito.

Si al pedir esa autorización pudiese abrirse una puerta que dejase lugar a una transacción con los poseedores de los certificados ingleses, cuya legitimidad se discute en España a causa de la entrega de los primitivos títulos, si bien protestaron solemnemente al verificarla, nadie debería negar la conveniencia de esta medida, por mas que pudiera cuestionarse sobre la legalidad estricta de la reclamación.

Esta iniciativa del gobierno debe estar apoyada por una ley protectora de los caminos de hierro, que sin imponer al país grandes sacrificios, demostrase su deseo de auxiliarlos y salvarlos, aplicando con este objeto la contribución impuesta durante los períodos de concesión.

Además, hay que satisfacer otra justa exigencia de la opinión pública, que, la verdad sea dicha, es en nuestro juicio la primera necesidad de España. Ningun gobierno puede establecer sólidamente el crédito, en las presentes circunstancias, sin hacer grandes economías en los presupuestos, y que estas sean una verdad.

Con esta manera de obrar y de proceder, es indudable que la Europa mercantil nos abrirá sus mercados, y la abundancia y la circulación del dinero sustituirán a la penuria y miseria a que nos condena el aislamiento.

VARIETADES.

A continuación reproducimos con mucho gusto la reseña que hace el *Boletín Eclesiástico* de Calahorra y la Calzada, de la entrada del Ilmo. Sr. D. Sebastian de Arenzana, obispo preconizado de aquella diócesis, el cual fué objeto de una entusiasta y cordialísima recepción por parte de los católicos, hijos de Calahorra, que manifestará a tan virtuoso y dignísimo prelado sus acendradas simpatías por medio de los sencillos festejos que vamos a dar a conocer. De buen grado insertaremos también la pastoral de este prelado a sus diócesanos así que la recibamos. Hé aquí, pues, la narración que hallamos en el *Boletín Eclesiástico* de aquel obispado:

ENTRADA DEL ILMO. SEÑOR OBISPO EN SU DIÓCESIS.

Hay días en el transcurso de la vida, en que el corazón del hombre siente emociones que comprende, pero que no puede explicar con todas las demostraciones de júbilo y regocijo. El día 20 de Enero de 1866, el iris de bonanza resplandeció en la patria del gran Quintiliano, empezó a iluminar el suelo Calahorrano, y el Ángel protector de los destinos, agitando sus resplandecientes y azuladas alas, anunció a sus habitantes el acontecimiento mas feliz que les estremeció de entusiasmo, é hizo palpar de júbilo sus corazones. El Ilmo. Sr. D. Sebastian Arenzana efectuó su entrada solemne y tomó posesión corpora de su Silla Episcopal a las cuatro de la tarde de dicho día, día y hora en que fué bautizado en la pila de la misma Santa Iglesia, y al cumplir el quincuagésimo tercer aniversario de su natalicio.

El pueblo, que anhelaba su venida, se preparó de antemano a recibirle con las manifestaciones indecibles de alborozo.

A su tránsito por Tudela el Ilmo. señor obispo de Tarazona salió a su recibimiento, y en compañía

de esa firme columna de la Iglesia pasó unas horas que le sirvieran de descanso al precipitado viaje hecho desde Madrid por la vía férrea, atravesando de noche los repetidos túneles y frescas llanuras de Castilla y Aragon, ansioso de abrazar cuanto antes a la impaciente grey, que de un modo inexplicable se desahacía en lágrimas de gozo al contemplar se acercaba el momento de vitorear y besar el anillo de aquel, que a los inseparables títulos de paisano y hermano, iba a reunir los de Pastor y Padre. Su pariente D. Pedro Sainz y cordial amigo D. Francisco Mancebo, tuvieron el gusto de correr a su recibimiento a dicha ciudad de Tudela, y los señores provisor D. Hipólito Espinosa, secretario D. Santiago Palacios y Cabello, y fiscal D. Santiago Bermejo, lo hicieron a la estación de Castejón, en donde le saludaron y cumplimentaron, acompañándole despues hasta la de Rincon de Soto, primer pueblo de su obispado, y en la que las corporaciones eclesiástica y civil, por medio de comisionados, esperaban con ansia su llegada.

Preparado en referida estación el coche de la comisión de su Cabildo catedral, S. S. I. tuvo la amabilidad de aceptar el convite, que a su nombre le hicieron por medio de los beneficiados acompañantes; y rodeado de todo el pueblo y corporaciones eclesiástica y civil, que habian acudido a felicitarle y ofrecerle sus respetos, se dirigió a la iglesia parroquial en compañía de los indicados beneficiados, y del simpático y benemérito elástico D. José Azeves y Azevedo, regente de una de las parroquias de Toledo, quien, inseparable en el viaje, tuvo la atenta decision de no abandonarle hasta dejarle en su palacio Episcopal. El pueblo Rinconés, conmovido por el grato placer de ver en su seno a tan digno pastor, llegó a aumentar aquella alegría, que cada cual respectivamente expresaba con las mayores demostraciones del júbilo, acompañadas del sonido de instrumentos músicos propios del país Riojano.

S. S. I., despues de dar gracias al Todopoderoso por el feliz arribo al primer pueblo de su diócesis, y antes de ocuparse de cosa alguna, empezó a derramar la virtud mayor, según el Apóstol, la caridad, que tanto brilla en los prelados españoles, poniendo en manos del párroco D. Agapito de Fé la cantidad de 600 rs. para que en su nombre los distribuyese a los pobres.

Luego se dirigió a la casa del caballero D. Manuel Llrente, que con la amabilidad y cariño que le son característicos, rodeado de su bien educada familia, acogieron con la mayor atención al que viniera a regir la antiquísima diócesis, en cuyo centro está enclavado el pintoresco suelo de Rioja. Un arco triunfal adornado de colgaduras de damasco blancas y encarnadas, con tanta sencillez como gusto, del que pendian algunas composiciones poéticas, indicaba el sitio por donde S. S. I. habia de pasar a la habitación destinada, y en su puerta una comparsa de niños de ambos sexos, en cuyos labios brillaban aun los primeros albores de la infancia, saludaron a su tierno padre con unos lindos versos, que pronunció una niña de unos siete años, accionando con una mano, y sosteniendo en la otra una adornada bandera, como en señal de la union y paz con que aquel religioso vecindario acudia a saludar a su Prelado.

No pasaron treinta minutos de descanso cuando la comisión de su cabildo catedral habia sido recibida a prestar sus homenajes, a la que siguió la del ilustre ayuntamiento, que ambas fueron recibidas con el cariño y amor tan naturales al nuevo Obispo. En seguida S. S. I. devolvió su visita a ambas corporaciones, representadas por sus comisionados, convi-

dándoles a comer, no sin que quedasen prendados de sus tiernas expresiones y corteses modales. Era el Prelado hermano de aquella grey que ansiaba ver su entrada en el día mismo de su natalicio; y precisamente a la misma hora en que fué regenerado a la gracia en su Iglesia Catedral.

Concluida la comida, en la que nada hubo que desear en cuanto a manjares y servicio, el ilustrísimo Prelado montó en el coche de la comisión del Cabildo Catedral, compuesta de los señores chantre y canónigo Roqués, a la que siguieron igualmente la de la municipalidad con su primer alcalde D. Manuel Adán; procurador síndico, D. Fernando F. de Bobadilla, y regidor, D. Manuel Ocon; y en medio de las aclamaciones de un pueblo religiosamente entusiasta, se despidió de aquella parte de su grey con las demostraciones mas expresivas, armoniosamente enlazadas con el sonido alegre de las campanas y estruendo de voladores, que poblaban el viento con abundancia. Tierno y conmovido se presentaba el semblante del Príncipe de la Iglesia Calagurritana, impulsado por las palpaciones de aquel corazón, que, cuanto mas se acercaba al suelo que le vio nacer, tanto mas se agitaba y conmovía; palpaciones, que para contenerlas era preciso armarse de un raso de heroísmo. Cubierto el camino por las muchas personas que del pueblo de Aldeanueva y caseríos del tránsito, que vitoreándole se arrojaron para recibir la bendición, y por la infinidad de jóvenes de todas edades que de la ciudad corrieran a saludarle, mas de diez veces fué preciso contener las caballerías que conducian el coche para evitar alguna desgracia en los que, arrebatados de su entusiasmo ardiente, se arrojaban hasta las ruedas, sin temor al grande riesgo a que se esponían.

Este cuadro enternecedor llegó a aumentarse de una manera inexplicable, cuando en medio de la muchedumbre mas entusiasta, de cuyos labios salían los mas expresivos vivas, apareció el segundo alcalde D. Victor Palacio, montado en un elegante caballo bien enjaezado, y seguido de una numerosa comitiva, también a caballo, vestida con el mayor esmero de etiqueta, y entre la que brillaban los mas gallardos y distinguidos jóvenes de la ciudad; parado el coche y abiertas las ventanas, la multitud, que hasta entonces habia demostrado su incomparable regocijo, comprendió que era llegado el caso de que el honrado labrador y antiguo concejal de la ciudad invitada, era el designado para ser el fiel intérprete de los sentimientos de su vecindario, como así, en efecto, sucedió, dirigiendo a S. S. I. una salutación tierna y sencilla, con la que bien pudiera enseñar que la verdadera retórica en estos casos es la del corazón. El Ilmo. Sr. Obispo, conmovido, como no podia menos, al ver la conmovedora escena que se le presentaba, fiel mensajero de otras que tenian que ir sucediendo, contestó a las expresivas palabras de aquel alcalde con el afecto de un buen padre, que iba a cobijar bajo su amparo a la grey huérfana, desecha en lágrimas desde el momento en que cundió en su sagrado aprisco la feliz noticia de su nombramiento.

Acto continuo siguió la comitiva acompañando al Prelado, que montado en una gallarda y bien enjaezada mula, fué a parar al convento de monjas carmelitas, donde sus familiares le tenian preparado el sagrado vestuario con que habia de efectuar su entrada solemne. Momentos antes de llegar a su plazuela y atrio de dicho convento, S. S. I. tuvo que pasar por debajo de un arco, que, lujosamente adornado, el caballero propietario D. Pedro Iraburo de Cellhay habia improvisado en una de sus posesiones.

A la entrada de la calle Arrabal, por donde tenia

que ir a su santa iglesia y palacio episcopal, el ayuntamiento le habia levantado otro rico y perfectamente adornado, por debajo del cual S. S. I., vestido de capa magna, pasó a incorporarse a su cabildo catedral; y con la majestuosa pompa de costumbre, despues de adorar la Santa Cruz que le ofreciera el M. I. señor dean, continuó procesionalmente su carrera, seguido de un lujoso acompañamiento; las autoridades todas, municipio y un gentío inmenso interceptaba el paso. Iban delante los cabildos parroquiales con sus cruces y una gran porción de eclesiásticos naturales y forasteros, que se anticipaban a saludarle, tomando parte en las indecibles demostraciones del religioso pueblo calahorrano. Sencillos, al paso que bien adornados arcos elevaban banderas de paz en varios intermedios del tránsito, entre los que era de admirar el singular capricho y rico gusto del que ocupaba la puerta del Seminario; fabricado según las reglas de arquitectura, descollaba con una hermosa pirámide, sobre la que se elevaba la figura de un estudiante con una bandera en la mano, y en ella una inscripción en loor del Insigne protector de las ciencias eclesiásticas: en este punto recibió un afectuoso saludo de su rector y catedráticos.

El pueblo todo, adornado de colgaduras, expresaba el júbilo que en su centro reinara, y los balcones y ventanas del tránsito, cubiertos de espectadores, manifestaban semblantes de placer; un conjunto deshecho de estrepitosos vivas confundía el sagrado cántico, el eco de los acordados instrumentos, el ruidoso metal de las campanas y el trueno de los vistosos voladores.

Otro arco de dimensiones colosales, construido con todas las reglas de arquitectura y adornado con el mejor gusto, se habia levantado al frente de la morada del grande sacerdote, y sobre la primera escala del atrio que sirve de paso a la entrada de la iglesia, que iba a recibir a su tierno esposo, hijo de sus entrañas. Dicho arco triunfal, en que tremolaban banderas y se divisaban trofeos de varias clases, era obsequio del ilustre ayuntamiento y ciudad de Calahorra, en el que se leían las siguientes inscripciones:

«Renazca en nuestros pechos la esperanza;
Cesen ya los pesares y quebrantos;
El Prelado llegó. Todo lo alcanza
La intercesion de los benditos Santos.»

E. F.

«Suspende el paso, detente;
Contempla el arco triunfal
Que la ciudad mas leal
Coloca sobre tu frente.
No es un obsequio aparente
Esta sencilla expresion,
Pues lo que encierra es un don...
Iris de paz y de calma
De quien os quiere en el alma,
Y hoy os rinde el corazón.»

M. R.

«Grande, inmensa es la alegría
Que hemos experimentado
Con la entrada del Prelado
En tan memorable día.
Calahorra se gloria;
Y al recordarlo mañana
Dirá gozosa y ufana
Con lágrimas de ternura:
«Fué nuestro ángel de ventura
DON SEBASTIAN ARENZANA.»

E. F.

La ciudad de Calahorra tuvo la alta honra de que

FOLLETIN.

MOROS Y CRISTIANOS.

CRÓNICA DE LA CONQUISTA DE GRANADA.

Hallábanse los Reyes en Medina del Campo, donde se estaba celebrando con un *Te Deum* el triunfo de la fé por la toma de Alhama, cuando recibieron el aviso del inminente peligro del valeroso Ponce de Leon y sus compañeros. En caso tan urgente, y recelando no se perdiese el fruto de aquella conquista, tomó el Rey caballos al instante, y dejando orden para que la Reina le siguiese, partió a grandes jornadas para Andalucía (1), acompañado de don Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque, don Inigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, y de don Pedro Manriquez, conde de Treviño, con algunos otros caballeros de distincion y fama. Sin detenerse mas tiempo que el preciso para mudar caballos, continuó el Rey su carrera hasta Córdoba: tanta era su impaciencia por ponerse a la cabeza del ejército del duque. A su llegada a aquella ciudad, y cuando se acercaban a la frontera, le hizo el duque de Alburquerque algunas reflexiones sobre la imprudencia de entrar en pais enemigo con tan poca precaucion y tan corto acompañamiento, aconsejándole dejase el socorro de Alhama al cuidado de sus capitanes, sin aventurar su real persona; «porque los Reyes vuestros predecesores,» dijo el duque, nunca entraron en tierra de moros sino acompañados de un gran número de gentes de Castilla, y los Reyes que tienen las gentes y los capitanes que vos teneis, basta que envíen algunos de

ellos a hacer las guerras.» Y a esto respondió el Rey: «Duque, habiendo partido de la villa de Medina con propósito de socorrer a aquellos caballeros, cosa seria por cierto contra mi condicion dejar de continuar mi camino, no habiendo para ello mas impedimento que el que decís (1).»

Teniendo aviso en Córdoba que el duque de Medina Sidonia estaba ya muy adentro en el territorio enemigo, prosiguió su marcha sin descansar en aquella ciudad; y con el ansia que tenia de llevar en persona el socorro a los cercados, envió delante un correo para prevenir al duque suspendiese su marcha hasta su llegada. Pero conociendo este experimentado caudillo que en la tardanza se aventuraba el éxito de la empresa, por la gran necesidad en que se hallaba la guarnicion de Alhama, escribió a su soberano, de acuerdo con sus capitanes, que le dispensase de obedecerle en aquella ocasion, por la premura de las circunstancias. Recibió el Rey esta carta en Ponton del Maestre, y haciéndose cargo de las razones del duque, y del riesgo que corría entrando en tierra de moros con tan pocos caballeros como le seguían, determinó esperar noticias del ejército en la ciudad de Antequera.

Entre tanto, Muley-Aben-Hazen, noticioso de la salida del duque de Medina Sidonia con una hueste formidable, y de las disposiciones del Rey Fernando para venir en persona al socorro de la plaza, conoció que era ya preciso hacer el último esfuerzo, y recobrar a Alhama por un asalto general y vigoroso, ó abandonarla a los cristianos. Sabiendo la intencion del Rey, se le presentaron algunos caballeros jóvenes, de los mas calificados y valientes de Granada, ofreciendo intentar una empresa, que de salir bien con ella le aseguraba la posesion de aquella plaza. Obtenida la licencia del Soberano, se dirigieron estos pocos hacia la villa, la mañana del día siguiente al ra-

zar del alba, y por la parte mas enhiesta y ágría, llegaron a la muralla, que elevándose sobre las peñas en que estaba sentada, parecia inaccesible al mas atrevido escalador. Empero aquí pusieron las escalas, y lograron subir a las almenas sin que nadie lo notase, porque en el intermedio Muley-Aben-Hazen, para distraer a los cercados, ordenó una zalgarda, y fingió un asalto por otra parte. Con este ardid llegaron a introducirse en la villa hasta setenta moros, antes que se alarmase la guarnicion; y en apoyo de aquellos empezaba a escalar la muralla un número mayor, cuando advertidos del peligro corrieron los españoles a las almenas para contener al enemigo. Trabóse allí una contienda encarnizada, y hombre a hombre, y cuerpo a cuerpo, pelearon moros y cristianos con mucha pérdida de ambas partes; bien que no tardaron estos últimos en ganar el ascendiente, pues desprendiéndose las escalas con el peso de la gente que venia en ellas, dieron consigo los moros en el suelo, y fueron rondando sus cuerpos de peña en peña hasta la llanura: a los demás que habian ganado lo alto del muro, los llevaron a cuchillo, y muertos ó heridos, los arrojaron por los adarves. Debíose en gran manera este buen suceso al esfuerzo y valor del animoso caballero don Alonso Ponce, y del bizarro escudero Pedro Pinedo, tío de aquel y sobrino éste del marqués de Cádiz.

Libre ya de moros la muralla, partieron estos dos caballeros en persecucion de los setenta moros que habian efectuado su entrada en el lugar, y que, por estar ocupada casi toda la guarnicion en defender aquella parte que Muley amenazaba combatir, habian recorrido muchas de las calles sin hallar oposicion, y se encaminaban ya a las puertas para abrirlas al ejército (1). La muerte iba guiando sus pasos, y se les podia seguir el rastro por la sangre de sus huellas y por los cadáveres de los que inmolaban de

camino. Llegaron a una de las puertas, embistieron la guardia, y ya la fatal cimitarra tenia postros a la mayor parte de los soldados de ella, cuando fueron alcanzados por don Alonso Ponce, con Pinedo y sus camaradas: un momento mas que tardaran, Alhama quedaba abierta al enemigo. Viéronse entonces los moros acometidos de frente y por las espaldas: al punto forman un círculo, y puestos espalda con espalda y la bandera en el centro, presentan animosamente los pechos a sus contrarios. De esta suerte pelearon largo tiempo con desesperada resolucion, formándose en derredor un parapeto con los cuerpos de los que mataban. Vinieron contra ellos nuevas tropas, y crecieron los apuros; mas no por eso dejaron de baltarse, ni pidieron jamás cuartel: conforme se disminuía su número, estrechaban mas y mas el círculo, defendiendo con inimitable constancia su bandera, hasta que, muertos todos los demás, peteció el último moro abrazado con el asta de su estandarte. Este estandarte se desplegó en seguida sobre la muralla, y las cabezas de los moros muertos fueron arrojadas al campo enemigo (1).

Muley-Aben-Hazen, viendo frustrada esta tentativa, y muertos tantos de sus mejores caballeros, se mesaba las barbas en los arrebatos de su dolor. Para mayor confusion suya, se le aviso que desde las alturas se veia relumbrar las lanzas y ondear los pendones del ejército cristiano, que venia a socorrer a Alhama. Cediendo, pues, al rigor de su fortuna, alzó Muley el sitio, movió el campo sin tardanza, y a tiempo que se oían los últimos acentos de los añales del ejército moro, que se retiraba de los infaustos muros de Alhama, se vieron desembocar por las montañas las espesas columnas del duque de Medina Sidonia. (Se continuará.)

(1) En premio de su valor, armó el Rey caballero a Pedro Pinedo. Zuñiga, Anales de Sevilla, lib. XII. año 1482.

(1) Illesca, Hist. Pontifical.

(1) Pulgar, Crónica, p. 3. e. 3.

(1) Zurita, lib. XX. c. 43.

bajo tan ideal obsequio pasase á su santa iglesia el ilustre Pastor tan deseado, y habiendo penetrado en ella, despues de ratificar los juramentos que hiciera su apoderado el Sr. Dr. D. José Ramon de Yarritu, dean de la misma, cuando en comision tomó la posesión del obispado, se colocó en el dosel que al efecto se le tenia dispuesto en la capilla mayor al lado de la Epistola.

Entonado el *Te-Deum* por dicho señor dean, el magnífico órgano soltó sus contras y registros, y un conjunto de voces armoniosas se unieron á las que el pueblo no pudo contener en el centro de su pecho. Así se dieron gracias al Todopoderoso por haber sacado de su orfandad á tan entusiasta grey, proveyéndola de pastor tan sabio y digno.

Concluido el canto del *Te-Deum*, que á mas del órgano fué acompañado á toda orquesta, pasó S. S. I. á otro dosel que estaba colocado al lado del Evangelio, en donde ejerció la tierna ceremonia de dar un abrazo á su cabildo y bendecir al cuerpo de beneficiados. Este majestuoso acto que el religioso pueblo calahorrano miraba con espresivo gozo y con respeto, era solemnizado por el armonioso himno siguiente, que á su sazón ejecutaba la capilla, poesía de don Manuel Roqués, y música del profesor-maestro de los infantes de coro, D. Santos Miranda.

CORO.

«Resuenen ya las voces
De un pueblo entusiasmado,
Albricias al prelado
Con himnos de laor.

COPLAS.

Ya estiende hermoso el cielo,
Del sol la luz radiante,
Y el astro mas brillante
Ya ostenta su fulgor:

Feliz riojano suelo,
Recibe parabienes,
Pues en tu seno tienes
Un padre y protector.

Ven á regir piadoso
¡Oh padre deseado!
La grey que á tu cuidado
Ha puesto el Criador.

Reparte generoso
Con paz y dulce calma
El pasto que en el alma
Difunde un santo amor.

Rebosa Iglesia eterna,
En plácida alegría:
Suspende en este día,
Tu pena y tu dolor.

Alarga, ¡oh madre tierna!
Tu mano poderosa,
Y abraza cariñosa
Tu amado y fiel pastor.»

Resuenen, etc.

Concluida tan tierna ceremonia, S. S. I. pasó á su palacio, en medio de un sinúmero de gentes que le interrumpian el paso, acompañado de su cabildo en cuerpo, que le felicitó por medio de su presidente, y en seguida la corporación municipal, autoridades eclesiásticas y civiles, y un concurso brillante de caballeros

Llegada la noche y hora que se tenia señalada, las campanas avisaron que el pueblo iba á entregarse al júbilo; con la velocidad del rayo se iluminaron las fachadas del arco y sus pórticos transparentes de un modo encantador, quemándose muchos y vistosos fuegos artificiales, que pitonéticos y bien acreditados artistas de Logroño habian ejecutado con tanto gusto como acierto. El titulado Casino de la Plaza del Raso, cuya sociedad componen ricos propietarios, honrados labradores y laboriosos artesanos, presentaba un magnífico monumento, perfectamente iluminado, y en su centro se notaba una silla que sostenian las efigies gloriosas de los santos patronos, Hemeterio y Celedonio; y la fachada de las Casas Consistoriales, sitas en la mencionada plaza, presentaban una brillante y fantástica perspectiva por la infinidad de luces con el mejor gusto colocadas, reflejando en sus estensos balcones colgaduras de encarnada tapicería, adornada de doradas franjas, y en el centro, entre los adornos de un cortinaje elegantemente dispuesto, descollaba el retrato del ilustre pastor á quien se dirigian tan merecidos obsequios.

Gentío innumerable de todos sexos y edades, hijos de la ciudad y limítrofes pueblos de Castilla y Navarra, recorría las calles con una alegría difícil de describirse, desembocando todos á la Plazuela de Palacio para vitorear á su obispo y dar realce á las estensivas voces de la brillante orquesta que cundia los aires con piezas escogidas. En medio de tan indecible acto, ilustres prevendados y nobles caballeros acompañaban al amoroso prelado, siendo uno de los primeros el simpático canónigo Sr. Roqués, quien con la amabilidad que tanto le distingue, y despues de improvisar oportunamente algunas composiciones poéticas, leyó las cuatro que siguen.

«A la feliz venida del Ilmo. Sr. D. Sebastian Arenzana, obispo de Calahorra y la Calzada, á la capital de su diócesis.

ODA.

¿Qué pueblo es ese de entusiasmo henchido,
Que en melodías de acordado acento,
Resuena por doquier grato sonido,
Y alegre cunde en la region del viento,
Y en dulce tono, que al amor escita
¡Viva el obispo! por do quiera grita?

¿Qué voz es esa, cuyo escelso canto
Penetra el techo de azulada esfera,
Y ante las aras del Empireo santo
Con alegría sin igual reitera
El alborozo que demuestra ufano
Dichoso albergue del pais riojano?

¿Qué muchedumbre entusiasmada es esa,
Que al grato estruendo de ruidosa salva,
Ebria de amor y de placer se espresa,
Y apenas tiende su fulgor el alba,
Las calles corre de alegría llena
Echando á un lado de orfandad la pena?

¿Es, por ventura, la ciudad famosa,
Que de aguerida recibiera el nombre;
La que al romano se mostró orgullosa
Y de invencible mereció el renombre,
Cuando lograra la sin par corona
Que le tejiera su inmortal matrona?

Lo es sin duda de redil sagrado,
Grey cariñosa, que con gozo anhela
Besar la mano del pastor amado
A cuya vista se dirige... ¡vuelal
Ansiando el pasto que le ofrece tierno...
¡Pasto divino del amor eterno!!!

Venid ¡Oh padre! Penetrad la estancia
Plácido albergue de recuerdo grato,
Donde las flores os darán fragancia;
Y en ramilletes servirán de ornato
Al digno suelo de feliz fortuna.
Que en vuestra aurora os sirvió de cuna.

Venid al centro del pensil mas bello,
Espejo claro de la luz temprana,
Puro fulgor que del mejor destello
En sus amores recibió Arenzana.
¡Flor esmaltada con primor y esmerol
Vuelve al recinto de tu Abril primero.»

M. R.

«Al Ilmo. Sr. D. Sebastian Arenzana, Obispo de Calahorra y la Calzada, en su feliz llegada á la capital de su diócesis.

ODA.

¡Miradle enternecido cual desouella
En el grato vergel de alegre rioja,
Como la gaya flor lozana y bella,
Que esparciendo el aroma de hoja en hoja,
Difunde su licor de rica esencia
Apenas se percibe su presencia.

El es, á no dudar, de fuente santa
¡Precioso manantial! ¡Rico tesoro!
De la orilla del Ebro tierna plantal (1)
¡Del Pisuerga, raudal de plata y oro! (2)
¡Y del Tajo, pensil, flor esmaltada (3)
A su antiguo recinto trasladada!

¡Invicta Calahorra! ¡Quién dijera
Que el purpúreo lirio que algun día
Regaló generosa tu ribera,
A tu grata ribera volvería
Adornado del lustre esclarecido
Que Arenzana tan-solo ha merecido! (4).

Cuando llena de pena y de dolor,
Elevabas al cielo tus pesares
Aclamando un adicto y fiel Pastor,
Te escucharon tus santos tutelares (5):
Su voz se interesó, y el cielo dijo:
«¡Ah! tienes por Pastor un tierno Hijo.»

La tristeza se cambia en dulce gozo,
Y alejados de bandos y partidos,
Henchidos de placer y de alborozo,
Calahorranos se afanan reunidos
A querer espresar por varios modos
Lo que al digno Pastor le quieren todos.

¡Ilustre Sebastian! ¡Ehonorabuenal
El Señor te bendiga en tu destino,
Y la escelsa Mujer de gracias llena
Que á su pecho criara al Dios divino,
En tus actos se muestre protectora
Como Madre de amor, Reina y Señora!

Y el glorioso Querube de alto coro
Que se ostenta en celaje trasparente,
Con firmeza sostenga y con decoro
Esa mitra sagrada que á tu frente
Ceñirás con valor en tanto grado,
Que el impio respete tu cayado

Así nos lo aseguran las doctrinas
Que en raudales copiosos de elocuencia,
Esmaltadas de ideas peregrinas,
Espresará tu voz con escelsencia:
Así nos lo acredita la memoria
Que recuerda los hechos de tu historia.

¿Y quién puede dudar que el que naciera
Del famoso Cidacos á la orilla,
El glorioso renombre mereciera
Que en tus altos blasones luce y brilla?
Las aguas del Jordan de tu bautismo
Son un bálsamo grato de heroísmo! (6).

Hay un hecho notable en testimonio;
No es poética idea exagerada:
La sangre de Hemeterio y Celedonio
Por la fé sacrosanta derramada,
Es un néctar sabroso, puro y sano
Que en sus luchas alienta al calahorrano.»

M. R.

«Al Ilmo. Sr. D. Sebastian Arenzana, en su feliz entrada á la ciudad de Calahorra, cabeza de su diócesis y pueblo de su naturaleza, efectuada en el quincuagésimo tercio aniversario de su natalicio.

SONETO.

«Diez lustros y tres años han cumplido
Que en tu frente brilló plácida aurora,
Y que, madre amorosa, vió la hora
De poderos llamar hijo querido.

(1) Hijo de Calahorra.
(2) Hizo su carrera en Valla Jolid, donde predicó con mucha aceptación.
(3) Traslado de la catedral de Toledo.
(4) Primer Obispo de Calahorra hijo del pueblo.
(5) San Hemeterio y Celedonio, patronos del Obispado.
(6) Sobre las arenas del rio Cidacos, donde recibieron los Santos Patronos el martirio, se halla la pila bautismal.

El pueblo que os vió recién nacido
Hoy se afana á obsequiaros sin demora,
Por la idea feliz, consoladora.
Que á ARENZANA tan solo le ha ocurrido.
¿Quién pudo imaginar ni haber pensado
Que tu grata llegada lo seria
A la hora en que fuisteis bautizado?
¡Feliz coincidencia de alegrías!

NI EL CIELO PUDO HACER MEJOR PRELADO,
NI EL PRELADO SU ENTRADA EN MEJOR DÍA.»

M. R.

Al Ilmo. Sr. D. Sebastian Arenzana, Obispo de Calahorra y la Calzada, en su feliz llegada á la capital de su diócesis.

CORO.

¡Calahorranos! Cantemos unidos
Al insigne varon ilustrado,
Al Obispo que Dios ha mandado
Para gloria del suelo mejor.

I.
Astro bello de luz trasparente
Que iluminas la cénica aurora,
Dios bendiga el momento y la hora
Que en Rioja lució tu fulgor.
En tu centro se advierte un destello,
Claro anuncio de grata alegría,
Del placer que nos causa este día
La presencia de un tierno pastor.
¡Calahorranos! etc.

II.
No fáciles, ¡oh antigua Toledo!
En cedernos al hombre excelente,
Al ilustre doctor eminente
Que tu suelo llenó de esplendor.
Su país entusiasta le aclama
Y el ceder á sus voces es justo;
Pues nos diste, Toledo, ese gusto.
Dios te premie tan grande favor.
¡Calahorranos! etc.

III.
¡Patria ilustre del gran Quintiliano!
Tu orfandad lamentabas llorosa,
Alza erguida tu frente animosa,
Que tu Padre y tutor ya llegó.
Corre y vuela á rendirle un abrazo,
Que, aunque Padre y tutor, es hermano:
Es un hijo del suelo riojano
Que en tu albergue dichoso nació.
¡Calahorranos! etc.

IV.
Ese pueblo que grita entusiasta
Es aquel que recuerda la historia,
Como digno de eterna memoria
Por su grande constancia y valor.
Si el impio, que todo lo invade,
A la lucha provoca atrevido,
Marchará con su obispo querido
Animado de santo fervor.
¡Calahorranos! etc.

M. R.

D. Emilio Ferrando, propietario caballero, improvisó tambien algunos versos, que fueron aplaudidos, y leyó las melodiosas octavas que á continuación se espresan:

A la entrada del Ilmo. Sr. Obispo D. Sebastian Arenzana en la capital de su diócesis

¡Loor eterno al escelso Prelado,
Mensajero de paz y ventural
¡Loor eterno al Obispo ilustrado,
Que una era de dichas augural
¡Calahorranos! le habeis aclamado
Con la voz de alegría tan pura,
Que yo creo que á todos nos cuadre
El pensar que llegó nuestro padre.

¡Quién pudiera espresar cual se siente
La emocion entusiasta, inefable,
De este día de júbilo ardiente,
De este día, en verdad, memorable!
El ejemplo que dais elocuente
De cariño filial, cuando hablé
Vuestra historia, dirá en este día:
Calahorra cumplió cual debia.

Cuánto gozo hoy al veros ufanos
Celebrar el honor recibido,
Que obtuvisteis cual buenos cristianos
Que los santos les han protegido:
Siempre fé en el Señor ¡calahorranos!
Que es consuelo de todo afligido,
Y os probó su bondad soberana
iSendo obispo el Ilustre ARENZANA.

Si mostrais vuestro afecto sincero
Al Pastor que el Señor nos envia
Si ha ascendido, como hijo primero
De esta Diócesis, á tal jerarquía,
Debe seros asaz lisonjero
Contemplar que aun produce en el día
Este suelo un varon de tal fama,
Que la Iglesia por Principe aclama.

Su virtud y preclaro talento
Le harán ser un Prelado escelente,
Hasta el Cielo elevad vuestro acento,
Y pedid al Señor, que clemente
Le de ayuda, le preste su aliento
Y sostenga su celo ferviente
Que á la Iglesia dedica con gloria,
Siendo digno de eterna memoria.

¡Santos Mártires! Patronos queridos
De esta invicta ciudad calahorrana,
Nuestros ruegos oid, producidos
Por la fé que inspirasteis cristiana.
Si á sus hijos habeis distinguido,
Sea siempre el Obispo ARENZANA
El primero que alcance dichoso,
Vuestro auxilio eficaz, poderoso.»

E. F.

Una sola voz resonaba entre el pacífico pueblo calahorrano, que era: *viva D. Sebastian Arenzana, viva nuestro paisano, viva el Obispo!* sin que entre el bullicio se cruzase la mas ínfima palabra dirigida á insultar en lo más mínimo ni á la Religion, ni al Trono, ni á ninguna clase de partidos, siendo esto mas de admirar entre los azarosos tiempos que atravesamos.

Con razon los afectos de júbilo se agolpan en el ánimo de los calahorranos, porque pertenecen á la grey protegida por las invictas espadas de sus gloriosos patronos Hemeterio y Celedonio: porque profesan en sus corazones el catolicismo, y porque están convencidos que á la sombra, y solo á la sombra del árbol santo de la Religion, ejerce el Trono ese poder semicelestial, único capaz de mantener el orden del Estado. Si la ciudad de Calahorra acaba de recibir un nuevo ser de gloria con la presencia de su Pastor, y las espadas que la defienden un poderoso escudo que la reanima aumentando su acreditado valor, el baculo del Pastor que ha de regir su iglesia, formando enlace con las espadas de los santos protectores, rechazará las tentativas del enemigo común, despidiendo rayos divinos que confundan á los impíos é iluminen á los creyentes.

Con estas santas ideas y demostraciones han celebrado los calahorranos la entrada de su Obispo. Mas estos, que cuanto hacen lo practican movidos por el potente resorte de la religion, quisieron que este día fuese memorable, y que hubiese una nueva página en los anales de su historia; y al efecto, la caritativa y nunca bien ponderada junta de beneficencia, el círculo calahorrano y otras sociedades, distribuyeron con mano generosa en el propio día cuantiosas limosnas á los pobres, consistentes en dinero, vestidos y pan: manifestando de este modo arraigado que se encuentra en los corazones de sus individuos la hermosa virtud de la caridad.

Mas no pudiendo completar el alto gozo que en los pechos de los habitantes de esta ciudad rebosara, fué preciso dar ensanche con otro par de días.

En el segundo se repitieron los festejos con corridas de novillos ensogados, armoniosas orquestas, vistosísimos fuegos de la sociedad del Raso é iluminaciones de toda la poblacion, que espontáneamente practicaron con elegante gusto.

En el tercero repitió las mismas demostraciones el entusiasmado cuerpo de escolares, á que tambien se unió el pueblo en masa con las manifestaciones de los días anteriores; y en el momento y hora en que la plazuela de Palacio presentara el golpe de vista mas bello; cuando en medio de las voces instrumentales y sonido de las campanas vitoreaban á su Obispo, el canónigo Sr. Roqués, oportuno en todas sus cosas, tuvo la feliz ocurrencia de presentarse en el salon de Palacio con un número de músicos instrumentistas y de voces que á la conclusion de una improvisacion poética, análoga al asunto, dieron principio á la entonacion de canciones é himnos, que poblaron de melodía al esmerado recinto, obsequiando al propio tiempo al numeroso concurso de eclesiásticos y caballeros que ocuparan el dilatado espacio de ambos salones y otras habitaciones contiguas á la que sirve de morada al ilustre Pastor, que con su cayado vá á regir una grey, á imitacion de los invictos mártires patronos (si preciso fuere) derramando la sangre por su Obispado. A petición de algunos señores, y con venia del digno Prelado, se repitió la leyenda de algunas poesias propias del número fecundo del espresado Sr. Roqués, las que fueron escuchadas y aplaudidas con verdadero frenesí.

VEINTE DE ENERO DE 1866 día memorable en los fastos de la invicta ciudad de Calahorra, porque Dios, con su infinita sabiduría y misericordia, colmó los mas vehementes deseos de sus habitantes, protegiéndoles con el feliz nombramiento de un Pastor, nuncio de paz y de gloria futura para sus anales, y fortaleciendo la esperanza, que con la fé de cristianos tenemos en la proteccion de tan dichoso Padre. La patria de Quintiliano os saludó y bendice; en ella quedará gravada para siempre la coincidencia de tan fastuosos acontecimientos como han sobrevenido con el favor que el cielo acaba de dispensar en la concesion de un tan digno sucesor de los apóstoles, en quien la orfandad y viudez hallarán su consuelo; la pobreza, su padre; la religion, su valiente defensor; la juventud estudiosa; un modelo del verdadero saber, marido con la virtud; y la ciudad toda un timbre mas con que adornar su escudo de honor y de gloria; un brillante blason, que añadirá á otros blasones, para formar el cuadro de sus triunfos en la prosperidad. ¡Dios nos lo conserve! ¡Que así sucederá!

BOLSA DE MADRID.

COTIZACION OFICIAL DE AYER 8.
Consolidados, al contado, á 37-25.
Idem á fin de mes, á 37-40.
Idem á fin del próximo, á 00-00.
Diferida, al contado, á 34-70.
Idem á fin de mes, á 34-80.
Amortizable de primera clase, á 00-00.
Idem de segunda, á 18-00.
Deuda del personal, á 19-25.
Billetes hipotecarios, á 88-75.
Carreteras y sociedades.
De Abril, de á 4,000, á 83-00.
De á 2,000, á 84-50.
De Junio, de á 2,000, á 84-00.
De Agosto, de á 2,000, á 80-00.

CULTOS RELIGIOSOS.

SANTOS DE MAÑANA.
Santa Escolástica, virgen y mártir, y San Guillermo, duque de Aquitania.

Editor responsable, D. JOSÉ LOPEZ SAA.
MADRID, 1866.—IMPRESION DE E. ANSART,
calle de Santa Brígida, núm. 41.